

EL SECRETO EN

LLAMAS

JOSELIN VARGAS MARTÍNEZ



"Aerogeneradores", 38 x 32, acrílico sobre madera aglomerada, 2019

La vida de un religioso es de las más monótonas que han existido, se dedican en cuerpo y alma a predicar la palabra de Dios y pocas veces se permiten actuar conforme a sus propios intereses, ya que pesa más la fe que impide al hombre pecar que las aspiraciones personales de un simple mortal.

La historia que te quiero contar es la de un joven fraile agustino que por fidelidad a los mandamientos divinos no pudo confesar aquello de lo que fue testigo en la noche del 11 de diciembre de 1676.

Años habían pasado desde que los primeros agustinos llegaron a Nueva España para salvar las almas de aquellos seres que desconocían a Dios. Como parte de esta labor y a falta de jóvenes que predicaran la Gracia Divina, se enviaron desde España frailes entusiasmados por cumplir la misión que Dios les había encomendado.

Nicolás, un joven fraile agustino, pisó Nueva España una tarde junio de 1676; su llegada ya no iba encaminada a librar del salvajismo a aquellos indios de los que tanto se hablaba en España, pues esta labor ya había sido empezada por los primeros agustinos que llegaron en 1533. Nicolás había llegado con un fin particular que pondría en juego la estabilidad de sus hermanos y de sus propios principios.

Después de algunas semanas de traslado desde Veracruz, donde había tenido el primer contacto directo con el Nuevo Mundo, se dirigía al centro de Nueva España para cumplir las ordenanzas que le habían asignado.

Desde lo lejos se podía observar el lugar... el gran convento de San Agustín. Nicolás ya había leído de él en alguna crónica que habían hecho llegar a España, pero lo subestimaba. A pesar de que se encon-

traba en ese lugar, entre otras cosas, para confirmar a fray Antonio de Herrera las grandes ganancias que circulaban entre los frailes criollos, iban con la idea de que se exageraba la magnitud del convento, pero se había equivocado.

Mientras se acercaba, perplejo por el tamaño de la construcción. Medía casi dos manzanas, para conectarlas entre sí se había levantado un puente al que llamaron Arco de San Agustín.

Si el convento por fuera daba la sensación de estar en un mundo de cíclopes por la inmensidad del inmueble, por dentro Nicolás se sentía como una pequeña hormiga ante la majestuosidad del lugar. No cabía ninguna duda de que los primeros agustinos habían plasmado en esa nueva casa de Dios sus mejores habilidades. Después de todo, debía ser así, como creía la orden, para el agrado y honra del Señor.

En la entrada del convento, en la puerta lateral, estaba en relieve la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe a quien rendían culto y que, a propósito, le estaban organizando una fiesta en su honor y veneración. Esto era lo que distinguía al convento de San Agustín. Nicolás contemplaba la grandeza de la imagen desde la mirada de un bicho, o al menos, así se sentía, pues, aunque sus hermanos agustinos lo esperaban, consideraba que ese lugar no lo acogía. Más tarde comprendería ese sentimiento.

El joven y recién llegado fraile fue recibido por el prior del convento, fray Francisco; era un hombre que superaba a Nicolás en edad, pero no era tan viejo.

—Espero que vuestra visita termine por desmentir aquellas afirmaciones que se hacen de este lugar —replicó fray Francisco con un tono tan firme y una mirada despectiva que extrañó a Nicolás.

—Así será —respondió Nicolás en un tono más pasivo.

Fray Francisco llamó a Martín, un fraile que tendría la edad de Nicolás. Ordenó que acompañara al recién llegado a su celda, dio media vuelta y se retiró sin decir más.

Una vez en su lecho, Nicolás se dispuso a dormir, pero en la madrugada se despertó sin saber por qué. Recordaba su encuentro con el prior y trataba de convencerse que su actitud era normal. Después de todo él representaba una amenaza, pero sus intenciones no eran las de perjudicar a nadie, sólo informaría lo que sus ojos vieran.

—Dios, ilumíname con tu gracia para poder realizar la misión que has puesto ante mí —dijo cerrando los ojos. Se envolvió en la cama y procuró dormir un poco más.

Por la mañana, cuando Nicolás salió de su celda, pudo advertir detalles del lugar que había ignorado cuando llegó debido a la ausencia de luz. Se dispuso a salir cuando fray Martín se acercó para indicarle donde estaba el coro, una parte fundamental del convento y punto de reunión de los religiosos al iniciar el día pues rezaban, cantaban y escuchaban misa.

Martín era un fraile cuyo origen disgustaba a la mayoría de los frailes europeos, aunque realmente quedaban pocos, era mestizo. Nicolás se dio cuenta en cuanto lo vio esa mañana y se sorprendió de no haberlo notado la noche anterior cuando lo dirigió a su celda, pero claro, a falta de luz ni siquiera había podido darse cuenta de donde pisaba que incluso tropezó al subir las escaleras para el segundo piso donde había pasado la noche. Aunque Nicolás no sabía el origen de Martín, intuía que había algo diferente en él; observaba sus facciones ligeramente diferentes y una forma de hablar que le parecía extraña.

Nicolás no dirigió la palabra a Martín, se limitó a seguirlo mientras se imaginaba a sí mismo testificando aquel encuentro.

Caminaron hasta las escaleras por un pasillo que estaba rodeado de grandes ventanas, bajaron al pasillo principal que sostenía con grandes arcos el segundo piso que ya habían recorrido y pusieron marcha para ir al coro. Al final del pasillo de arcos se contemplaba un bello patio y una vez ahí, Nicolás se dio cuenta que había otras pequeñas construcciones paralelas cuyos pasillos también confluían en aquel patio. Más tarde iría a visitarlas, por ahora, era tiempo de ocuparse de una de las actividades más importantes de la orden.

Entraron Martín y Nicolás a la sala, éste último no disimuló el asombro que le provocaba la belleza del lugar, no porque nunca hubiera estado en un coro así de hermoso sino porque seguía subestimando la majestuosidad del convento. Las paredes de madera y la sillería donde antes de sentarse se detuvo a contemplar, habían sido perfectamente talladas; tenían relieves que parecían pequeñas florecitas y también algunos elementos religiosos como una flecha, un libro y una antorcha; todo representaba la misión de los agustinos con Dios.

Una vez que se sentó, Nicolás con la cabeza baja, miraba de reojo a los demás frailes; aunque él no hubiera querido llamar la atención, todos alrededor sabían muy bien quién era y por qué estaba ahí, así que lo miraban sin entusiasmo al mismo tiempo que cuchicheaban entre ellos. De nuevo se sentía como un bicho.

Empezó el ritual, pero no habían llegado ni la mitad de los frailes. Nicolás se imaginó añadiendo a su testimonio: *...y no lo podrán creer, no asisten al coro como se ha ordenado, pareciera que es una invitación y no su obligación.*

Como de costumbre, los frailes se levantaban y rezaban, se encomendaban a Dios para cada una de las actividades que realizaban y se ponían en marcha. Algu-

nos se encargaban de cuestiones administrativas como el prior Francisco; otros, se dedicaban a impartir conocimientos en diferentes escalas; había quienes enseñaban a los más jóvenes los conocimientos necesarios para el sacerdocio y se impartían clases de teología, arte y filosofía.

Cuando terminó el oficio, los frailes salieron para continuar con las labores del día; Nicolás se dirigía de nuevo al patio central, pero lo interrumpió fray Francisco, quien lo llamaba por detrás.

—Lamento mucho que anoche no hayamos podido hablar sobre su visita a esta, vuestra casa —dijo fray Francisco con un gesto amable que disimulaba no recordar el recibimiento nefasto de la noche anterior.

Nicolás, un poco desconcertado, pero sin resentimiento, sonrió y antes que pudiera decir una palabra, fray Francisco continuó —acompañeme a mi celda, ahí nadie nos distraerá de nuestra charla —dieron la vuelta y se dirigieron al mismo edificio donde había dormido Nicolás.

—Esta zona es poco concurrida, aquí sólo están las celdas de los frailes más destacados y de los invitados que merecen el mejor de los tratos —dijo el prior justificando tanto su estancia es ese lugar como la de Nicolás. Subieron las escaleras custodiadas por los arcos, y al llegar al segundo piso, el sol hacía que la que atravesaba las enormes ventanas alumbrara todas las habitaciones.

Entraron a la celda del prior, éste le ofreció vino y continuó con la charla:

—Cuando me llegó el aviso de que fray Antonio de Herrera os había mandado para informarle de las relaciones de vuestros hermanos agustinos, me pareció que había perdido la cabeza. ¡Hasta cuándo va a parar con sus ideas que en vez de uniros os separan! —dijo enfadado, moviendo las manos con tal exaltación que casi derrama el vino que sostenía.

—Sin embargo —continuó— estoy consciente de que usted no tiene la culpa de ser enviado y que es su deber cumplir la tarea que se le ha asignado.

—Entiendo vuestro enojo y no quisiera contradecirle, pero fray Antonio de Herrera sólo está preocupado por la situación actual de vuestros hermanos, busca entender las relaciones a fondo para encontrar una solución que...

—¿Solución?! No me hables de soluciones cuando está claro que sólo quiere hundirnos. ¡Claro! Seguramente no estás enterado de sus malas intenciones y por eso os defiendes. Hace muchos años nuestros hermanos llegaron a estas tierras para salvar las almas de aquellos que no conocían a Dios, dieron su vida y su devoción para que la fe se esparciera. Bien, esos hermanos ya han muerto y murieron con la certeza de que habían dejado un legado que no sería borrado —fray Francisco se exaltaba un poco más con cada palabra pronunciada.

Hizo una pausa, agachó la cabeza y con un tono de decepción prosiguió:

—Ahora, este desvirtuado que sólo piensa en los bienes materiales, busca pretextos para mantener en la cima a quienes vienen del Viejo Mundo, y relegar a quienes, siendo también sus hermanos, han nacido en estas tierras.

Nicolás se quedó callado mientras reflexionaba las palabras recién pronunciadas por fray Francisco y tímidamente dijo:

—Pero... usted no debería tener ningún problema con ello.

—Claro que lo tengo. Nuestra orden ya no es la misma que llegó hace unos años; ya no hay suficientes frailes que cumplan con el prestigio de origen del Viejo Mundo y se nos han unido frailes que han nacido y se han formado aquí, ahora ellos son mayoría y a pesar de todo siguen siendo mal vistos y no gozan de lo que vosotros gozáis. Fray

Antonio de Herrera quiere evitar a toda costa que sean ellos quienes tomen control de nuestra orden en estas provincias, pero os aseguro, no podrá detener lo inevitable.

—Si estáis tan seguro de vuestras palabras, creo que entonces no debería significarle nada mi presencia.

—Te equivocas. Si he querido tener esta charla es justo por lo opuesto, creo que tu presencia podría significar que fray Antonio tuviera una visión diferente a la que tiene.

—Creo que se está confundiendo, yo...

—No os pido que mientas. Basta observar y relacionarse con estos frailes para darse cuenta que fray Antonio está equivocado y una vez que os deis cuenta, no tendré que pedir nada.

Martín y Diego se dirigían al claustro, iban a cruzar el patio donde se encontraban hablando Nicolás y fray Francisco.

—Es él —dijo Martín a Diego.

—Lo sé, no hacía falta que me lo dijeras —reprochó con un tono frío, característico de él.

Se detuvieron en el patio mientras observaban que los dos frailes charlaban y se daban la vuelta en dirección a las celdas, aquellas que eran hermosas y lujosas, a diferencia de las que resguardaran a un criollo como Diego o un mestizo como Martín.

Una vez que hubieron desaparecido de sus vistas, cada uno se marchó a realizar las tareas correspondientes del día y no se volverían a ver hasta la tarde, en el refectorio.

Martín había llegado al convento de San Agustín una tarde lluviosa de mayo. Le había recibido el prior Francisco, quien en ese entonces era sólo un fraile que enseñaba a los novicios a prepararse. Por su

origen, había sido recibido para servir a los frailes. Era hijo de un comerciante español y una bella mujer nahua. En una sociedad mayormente habitada por españoles y criollos, nacer mestizo implicaba ser rechazado.

Su celda, al igual que la de los demás sirvientes, formaba parte de una construcción pequeña del lado opuesto al edificio de dos pisos, en el que años después, dirigiría a Nicolás tras su llegada.

Además de las celdas de los sirvientes, también estaban las de los esclavos. Al fondo del pasillo, a la mayor distancia posible de las zonas concurridas como el templo o el atrio, se encontraba una pequeña cárcel.

Martín estuvo de sirviente un año, tiempo suficiente para que fray Francisco viera en él más allá de su origen; cuando éste se convirtió en prior del convento, ofreció a Martín la posibilidad de convertirse en fraile.

En su instancia, conoció a fray Diego, un hombre que tendría más o menos la edad de fray Francisco. Diego siempre había tratado a Martín como un ser inferior; a pesar de que éste ya era un fraile, lo seguía tratando como un sirviente. Martín, acostumbrado a ser tratado de esa forma, no protestaba, se limitaba a obedecerle. Con el tiempo, se volvieron muy cercanos; no podría hablarse de una relación de amistad por parte de Diego, pero sí que le tenía confianza para contarle sus inquietudes. Estos lazos se vieron modificados con la presencia de Nicolás.

Frente al coro se encontraba el refectorio; era un lugar alargado y amplio. Entre dos filas de mesas con docenas de sillas en los costados, se abría un pasillo que permitía el desplazamiento de los frailes.

Nicolás llegó un poco tarde, de manera que ya estaba el prior fray Francisco espe-

rándolo, de alguna manera, quería remediar su actitud de la noche anterior. En la mesa frente a ellos estaban Diego y Martín, quienes se veían disgustados uno con el otro.

El refectorio se encontraba en la misma situación que el coro, asistían una minoría de frailes, dejando sillas sin ocupar. Esto hizo que Nicolás pensara en agregar a su lista de reglas desobedecidas este disgusto. Su pensamiento se vio interrumpido cuando escuchó que Diego le hablaba a Martín como si fuera un simple esclavo; se levantó de la mesa mientras éstos dos ya iban saliendo de la sala y se dispuso a seguirlos. Afuera, Diego seguía gritando a Martín, lo extraño era que para los frailes que también salían después de terminar de comer, se trataba de una escena normal. No dieron mayor atención y continuaron su camino.

Nicolás se paró frente a ellos y miró a Diego frunciendo el ceño. Éste, quien no esperaba que tan pronto se fueran a encontrar, dejó a un lado a Martín y reclamó:

—Así que es usted quien representa a fray Antonio, debe ser igual a él, quien nos desprecia por haber nacido aquí.

—Me parece que quien está despreciando a vuestro hermano es usted, o va a decirme que el trato que da a este hombre es el adecuado siendo que también ha nacido en estas tierras.

Fray Diego con su cara larga y su voz apagada, parecía que vivía amargado. Era de esperarse una actitud como esas, su triste pasado aún seguía atormentándolo. Dio la vuelta y se fue sin decir más.

El cielo que poco a poco iba oscureciéndose, anunciaba que era hora de que todos entraran a sus celdas. Diego, aún con el coraje por lo que Nicolás le había dicho, se quitó el hábito negro, se recostó en su lecho y trató de dormir.

Profundamente dormido, podía soñar

que se encontraba en el día de la tragedia. Su amigo, con quien había ingresado al convento para formarse como sacerdotes, se llamaba Tomás y también era criollo. Habían pasado juntos la mayor parte de su juventud y hasta entonces tenían ideales en común, pero poco a poco, Tomás fue interesándose por una vida de más libertad de la que llevaba en el convento.

Se hizo de otros amigos con quienes, a escondidas, se paseaba fuera del lugar sagrado; iban a los toros, a algunas fiestas y disfrutaban de los juegos de naipes. Para salir, se vestían de una capa y un sombrero para no ser reconocidos. Diego le advertía a su amigo que no se arriesgara a que el prior lo viera y lo reprendiese, pero él no escuchaba.

En ese entonces, el prior era un fraile del Viejo Mundo; despreciaba, como muchos, a aquellos criollos que, según él, pretendían ser mejores que ellos y les arrebatarían sus pertenencias. Debido a esto, siempre estaba buscando la forma de humillarlos; a Tomás y a Diego ya les había tocado que los nombrara bastardos, pero ellos trataban de no hacer caso.

Un día, Tomás salió y fue descubierto. A golpes, lo llevaron dentro del convento donde lo azotaron mientras el prior disfrutaba de la escena. Diego, lleno de dolor de ver sufrir a su amigo, se lanzó a defenderlo, el prior corrió tras él y se disponía a pegarle cuando de forma espontánea sintió que Tomás lo tomaba por el cuello e intentaba ahorcarlo.

El peso del muchacho no se comparaba con la fuerza del prior, el cual lo aventó y una vez en el suelo, invadido de ira, lo ahorcó.

Diego lloraba, gritaba de impotencia ante tal acción. El asesino ordenó que lo encerraran en la cárcel y advirtió que, si igual intentaba lo que su amigo, le pasaría lo mismo. Estuvo una semana en aquel



“El presidente en su palacio y el avión”, 39 x 32, acrílico sobre madera aglomerada, 2020

frío lugar, lloraba día y noche desconsolado, aún mostraba que tenía sentimientos, pero una vez que salió de ahí, jamás volvió a mostrarse débil, al menos no en público.

Se despertó de aquel sueño con lágrimas en los ojos y aquella tristeza de revivir el momento en un sueño, iba substituyéndose por la amargura y el rencor que aún vivía en él.

Pasaron los días y las cosas en el convento seguían igual; después de varios meses, Ni-

colás seguía desaprobando algunas acciones que se practicaban, como no comer en el refectorio y salir del convento a hacerlo. De cualquier forma, conforme avanzaba el tiempo, se iba sintiendo más en confianza, recorría todo el convento una vez al día, paseaba por el claustro y entraba a la biblioteca que quedaba en el mismo pasillo donde él dormía.

Después de aquel incidente que tuvieron con Diego, Nicolás y Martín, habían estado más cerca a petición del primero. Aunque Martín casi no hablaba, se sentía

cómodo en su compañía, a diferencia de lo que había pensado que ocurriría, él no lo maltrataba como sí lo hacía Diego, el cual, de por sí amargado, estaba furioso de que Martín pasara tiempo con Nicolás.

La fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe se acercaba y se empezaba a ver un cambio de rutina dentro del convento. Martín se dirigía a su celda cuando Diego lo jaló del brazo y lo llevó hasta el fondo del pasillo, donde se encontraba la cárcel.

Nicolás se encontraba en el atrio, contemplaba con serenidad a la gente que pasaba, entre ellos, un comerciante que llevaba a un mulato para que cargara su mercancía, algunos indios que caminaban rumbo al templo y muchísimos frailes que se veían presionados por los preparativos de la fiesta.

A lo lejos, observó a Martín, tenía cara de agobio y caminaba con un paso veloz que evidenciaba su nerviosismo, se dirigía a su celda; Nicolás se levantó para seguirlo y justo cuando Martín se disponía a cerrar la puerta, éste la detuvo y entró.

En su lecho, cubriendo sus ojos con las manos, Martín sollozaba y como si ya supiera quién lo había seguido, comenzó a hablar.

—Nunca he comprendido mi verdadera misión en este mundo. Desde que puedo recordar, siempre he sido mal visto por todos, hasta que conocí a fray Francisco y me convirtió en un hombre de esos a quienes yo servía.

Nicolás se quedó parado escuchando, no quería interrumpir.

—Pensé que eso era lo que necesitaba para que dejasen de verme como... —la voz le temblaba—... ¡Como un bicho! —dijo al fin, ahogado en llanto.

Nicolás lo contemplaba.

—Sé lo que es sentirse así.

—No lo sabéis, las personas como usted no tienen que pasar por las humillaciones que...

—Tal vez no he sufrido el mismo trato que vosotros, pero sí que sé lo que es sentirse... como un bicho —suspiró y se sintió apenado por haber confesado esto último.

—Cuando llegué a este lugar, me sentí tan pequeño que por un momento pensé que era a causa del tamaño de vuestro convento, pero cuando os vi en el coro y noté que me miraban con desprecio, comprendí que realmente no encajaba.

Se quedaron callados. Martín limpiaba las lágrimas de sus ojos; Nicolás lo miraba y se atrevió a romper el silencio.

—¿Vais a contarme lo que pasó?

—Creo que no os gustará oír esto, pero, ante todo, debo ser sincero. Vuestra vida corre peligro.

Llegó el 11 de diciembre de 1676, el ambiente dentro del convento se veía diferente a los días cotidianos: los frailes iban de un lado a otro con una alegría expresada hasta en la forma de caminar.

Por la mañana, todos asistieron a misa como de costumbre, el templo estaba adornado con bellas flores y grandes cirios alrededor de Nuestra Señora de Guadalupe. El retablo mayor que cubría toda la pared detrás del altar, resguardaba las figuras de San Agustín, de Nuestra Señora del Rosario y, por supuesto, la de Nuestra Señora de Guadalupe; adornando los nichos de las imágenes, se habían tallado en madera pequeños relieves de hojas, flores y figuras geométricas que, aunque se veían amontonados, había una armonía entre todo el conjunto que lo hacía ver lujoso. Debido al festejo, también lo rodearon de flores que hacían que el templo oliera a entusiasmo, a vida, a festejo.

La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe fue extraída del retablo mayor del

templo por más o menos seis personas. La llevaron a la entrada del convento, la cual estaba repleta de gente que esperaba el inicio de la celebración.

El festejo, después de la misa, se inició con una solemne procesión alrededor del convento, en las calles más importantes de la ciudad, en el centro de Nueva España. Cuando la Virgen fue llevada a la entrada, comenzó la procesión; en ésta, participaba la genta más importante de la provincia del reino de México, a la que pertenecía el magnífico convento.

Entre estas personas iban el virrey fray Payo Enríquez, el prior Francisco, los frailes europeos y por supuesto, Nicolás. También se les unían, debido al prestigio social, los nobles, quienes acompañados de música y montados en caballos ostentosamente adornados, presumían de sus gracias para poner ambiente en la celebración. Todas estas personas eran quienes comenzaban una larga fila de creyentes que caminaban detrás de la Virgen.

Les seguían frailes de menor prestigio como los criollos; detrás de éstos, jóvenes que se preparaban para el sacerdocio que pertenecían al mismo origen, y muy detrás de éstos, los frailes mestizos, que, aunque eran pocos, se hacían notar en la multitud por su condición relegada. Con algunos indios y devotos de la comunidad que carecían de importancia, terminaba la gran fila de fieles entusiastas.

Las celebraciones religiosas, entre otras, permitían que la sociedad en general realizara actos que en lo cotidiano eran mal vistas, eran un pretexto para romper por unas horas el orden social que ya se había establecido, eso sí, siempre que fuera en las calles y no dentro del espacio conventual. Por tal motivo, después que la procesión hubo terminado, Nicolás se dispuso a recorrer el convento para asegurarse de que nadie estuviera haciendo actos indebidos.

Alrededor del lugar, como si el convento fuera el verdadero festejado, se realizaban presentaciones de teatro, de bailes y de canto. Era una noche preciosa de convivencia, por un momento, en medio de todo el movimiento y el ruido, Martín sintió cierta paz y satisfacción de pertenecer a aquella comunidad, por unos segundos se le olvidó que él era sólo un mestizo y que era mal visto por aquellos que ahora bailaban y reían sin fijarse con quienes lo hacían.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando vio que Diego, con un gesto sospechoso, miraba a ambos lados para asegurarse que nadie lo siguiera y entró al convento. Martín deseó horas más tarde, que esos segundos de tranquilidad hubieran durado más tiempo.

Eran las seis de la tarde, los rayos del sol iban difuminándose lentamente haciendo que el cielo se tornara de un color naranja brillante; el viento soplabla lentamente provocando frío en el cuerpo de las personas que, sin darle tanta importancia, continuaban celebrando. Martín, quien no pudo ignorar la actitud extraña de Diego, decidió ingresar al templo; el sol casi había desaparecido y el cielo empezaba a ponerse oscuro; prendió una lámpara de aceite y caminó hacia dentro.

Nicolás se encontraba inspeccionando el convento y escuchó un ruido que provenía del templo; un sonido producido para que él lo oyera. Desconcertado, se acercó al par de puertas que creía que estaban cerradas, pero al empujarlas cayó en cuenta que estaba abierto. Nervioso, asomó la cabeza, no distinguía ninguna figura en la penumbra; se escuchó otro ruido fríamente calculado para provocar que Nicolás entrara.

Nicolás cerró las puertas por instinto, y se detuvo a pensar qué hacer, quiso ir a buscar una lámpara, pero escuchó pasos lentos

que se iban alejando así que decidió entrar. Intrigado, porque esta vez había un cirio prendido que permitía entrever el camino hacia el altar, cerró los puños y caminó hacia aquella luz.

Sus pasos, hacían que las tablas del suelo crujieran, sus mismos movimientos lo ponían nervioso; su andar se vio interrumpido cuando se percató que alguien estaba sentado en la primera banca, la débil llama del cirio no lo alumbraba lo suficiente para que Nicolás advirtiera su presencia hasta estar muy cerca de ella.

Ahí estaba Diego, con su cabellera al descubierto y su hábito color negro que le daba un aspecto tenebroso por estar entre las sombras.

Nicolás advirtió que se trataba de su resentido compañero, fingió que no le había causado sorpresa encontrarlo ahí y con un tono que forzaba a ser casual dijo:

—Veo que habéis escapado del festejo, yo también buscaba un poco de tranquilidad.

—No es por eso que he venido aquí. Me parece que usted y yo tenemos asuntos importantes que resolver —pronunció Diego con su tono frío y seco que lo caracterizaba. No le importaba ir directo al grano, este era el momento perfecto para actuar.

—¿Asuntos? ¿De qué tipo?

—No finjáis que no sabéis, Martín, mi amigo al que aprecio con el alma, me ha traicionado por vuestra culpa. Sé que en el fondo no sois más que un ser despreciable, por algo habéis venido hasta acá a llevarle motivos al tal Antonio Herrera.

Diego mentía, jamás consideró que Martín fuera su amigo y si le había contado de sus planes en contra de Nicolás era porque estaba seguro de que éste iría a decírselo, además, a él no le importaba el asunto de fray Antonio.

—Martín no os ha traicionado, ha actuado como un hombre de bien actuaría, aunque eso fuera en contra de lo que le ha-

béis dicho. Y no he venido a perjudicarles.

Diego se levantó escondió sus manos por detrás, se volteó hacia Nicolás y en un tono casi burlón dijo:

—No es eso a lo que he venido y no es para hablar por lo que os he traído, como dije antes, es hora de arreglar estos asuntos.

Se acercó a Nicolás, que estaba a pocos pasos de él, lo miró a los ojos y con una sonrisa cruel le susurró:

—Nunca debió entrometerse en asuntos que no os convenía, ¡ahora no me dejáis más remedio que esto! —de forma rápida, levantó una varilla que había estado ocultando junto con sus manos y se disponía a pegarle a Nicolás quien, ante el suceso inesperado, sólo cerró los ojos y se resignó a sufrir.

Martín entró al convento y escuchó que Diego y Nicolás discutían, en el calor de la situación y aislados de lo que pasaba alrededor, no se percataron que Martín estaba escuchándolos en un rincón para que no pudieran vislumbrar la luz de la lámpara de aceite que llevaba consigo.

Cuando escuchó que Diego pegaba a Nicolás mientras éste gritaba, se acercó rápidamente, dejó la lámpara en el suelo y tomó a Diego por la espalda para impedir que siguiera pegándole a Nicolás.

Ahora eran Martín y Diego quienes se enfrentaban. Se miraron fijamente con gran decepción uno del otro, y fue Diego quien se lanzó al cuello de Martín para intentar ahorcarlo, éste, trataba de empujarlo, pero no tuvo éxito; Nicolás que estaba sangrando de la cabeza, al ver que Martín no podía librarse de Diego, tomó la varilla con la que había sido atacado y le dio un golpe fuerte en la espalda. Éste cayó de lado, rodó por tres escalones que había que cruzar para llegar al altar, donde habían subido sin darse cuenta durante la

pelea. Ahí estaba la lámpara de aceite que ante el movimiento brusco de Diego se la deó y prendió alrededor.

Como tres chiquillos que han hecho una travesura, se miraron, querían actuar ante las llamas, pero estaban inmóviles. Fue Diego quien se levantó y trató de apagarlas con el pie, pretendiendo que al pisarlas se extinguieran, pero no dio resultado. El fuego iba abarcando más piso, y se acercaba a las bancas que también eran de madera. Martín y Nicolás imitaron a Diego. Las llamas crecían y se esparcían ahora por las paredes, casi llegando al techo. El altar y el retablo mayor se iban consumiendo mientras que los detalles que alguna vez les dieron vida, también iban extinguiéndose.

Al ver tal situación, los tres decidieron salir antes de que fuera demasiado tarde; entre el humo y las cenizas, corrieron a la entrada del templo.

Por fuera, la fiesta se detuvo; el fuego no tardó en llamar la atención de todos. Se preguntaban qué habría podido provocar tal desgracia mientras contemplaban tristemente la pérdida, ante esas situaciones no se podía hacer nada más que esperar a que el fuego se extinguiera solo.

Salieron disparados Nicolás y Martín, pero de Diego no había rastro, se escuchó un sonido fuerte dentro del pequeño infierno. Los dos frailes tosían y se tambaleaban, pero estaban conscientes de que Diego estaba dentro.

Por unos segundos, Nicolás se preguntó a sí mismo qué debería hacer, aquel hombre había intentado matarle y de no ser por él no habría ocurrido esta desdicha. Una parte de él le decía que se lo tenía merecido, pero la otra, a quien obedeció le decía que, de no salvarlo, cargaría con esa pena toda la vida.

Regresó a la entrada que ya estaba obstruida por una viga que, ante el calor, ha-

bía caído, esa era la causa de que Diego no pudiera salir. Buscó una forma de entrar, pero el humo no le dejaba ver bien, escuchaba que Diego hablaba, pero tampoco sabía qué era lo que decía. La voz del hombre atrapado fue la presión que le incitaba a entrar a cualquier costa, se agachó y entró arrastrándose al suelo, tomó la mano de Diego que ya estaba inconsciente y como pudo, salió de aquel infierno.

Los niños lloraban, mientras las madres trataban de consolarlos; los frailes, con la mirada en el suelo, rezaban. Los demás, contemplaban cómo poco a poco el fuego iba extendiéndose hasta llegar a los edificios donde vivían los frailes, cómo la biblioteca ardía al igual que el refectorio. Nadie hablaba. De repente, la multitud tenía los ojos llenos de lágrimas; aquel lugar, junto con todo lo que representaba para bien, o para mal, estaba muriendo y no había forma de salvarlo.

Aquella noche, como si San Agustín gritara de agonía, llegó a su llamado fray Antonio Herrera. Quiso ver de inmediato a Nicolás para saber qué había ocurrido, pero éste calló. Sabía muy bien que fray Antonio necesitaba sólo una excusa que justificara el rechazo a los criollos. A pesar de que uno de ellos trató de asesinarlo, guardó el secreto para él mismo y se prometió, mientras contemplaba el fuego, que quedaría en medio de las llamas.

En la Ciudad de México, entre la actual calle de Isabel la Católica y República del Salvador, se encuentra el antiguo convento de San Agustín, cuyos cimientos enterraron lo que habría sido una primera construcción que se consumió entre las llamas.

Hasta ahora, no hay indicios coherentes de la causa del incendio pues todo quedó destruido. Esta historia es una de las posibles causas que pudieron llevar a la desaparición total del Convento de San Agustín en 1676.